

ANEXO 1

INGRESO DE VENERANCE MORIN A LA CONGREGACIÓN DE LAS HERMANAS DE LA PROVIDENCIA EN CANADÁ

Comienza ya su juventud; el presente abre sus ventanales al porvenir y por ellos su alma sensible y generosa contempla el horizonte adonde habrá de dirigir su rumbo. ¡Momento difícil y trascendental es este! El sentimiento y la razón habrán de enfrentarse irremediablemente para decidir el definitivo rumbo de su vida. Si bien Venerance, estaba convencida que las dimensiones mundanas son incompatibles con la piedad verdadera, y por eso se retirado de sus peligrosos atractivos; sin embargo su temperamento ardoroso, que sentía ya las ráfagas de la juventud y los señuelos de la ilusión, la indujo de nuevo y sin temor hacia los dominios de lo profano. Una de sus hermanas casadas la llevó a pasar una temporada a su casa. Su cuñado aprovecho de ofrecer a sus amigos algunas fiestas sociales. Allí Venerance conoció a un íntimo amigo de su cuñado, quien desde el primer momento fijó sus ojos en ella hasta descubrirle después su pasión. En Venerance se había encendido ya la llama del amor humano, después que tantas veces había sentido arder la del amor divino: ¿cuál de las dos iba a prevalecer en su corazón para consumirlo durante su vida? Venerance no podía olvidar la imagen del joven que quería vincular su suerte con la de ella, ni tampoco las conveniencias y comodidades que él le ofrecía. Este joven era militar, uno de



los oficiales más distinguidos de la Guardia Nacional. Las señoras de la beneficencia de la ciudad, entre las cuales estaba su madre, notando piadosa inclinación al servicio de los pobres, la incorporaron a la sociedad, en la que ocupó el cargo de secretaria. Los esposos Morin-Rouleau fueron invitados a unas bodas donde habría mucho lujo y suntuosidad, dada la situación social de los número de convidados irían con Venerance. “Al sentarme a la mesa – dice ella- vi de repente, no sé si con los ojos del cuerpo o solamente con los del alma; pero vi claramente a Nuestro Señor Jesucristo bajo la forma de un joven hermosísimo, el cual penetró mi alma con una sola mirada, y me dijo a manera de reproches: ¡Tú aquí en un lugar que me puedes ofender! ... ¿hasta cuándo prefieres la creatura al Creador?”. Pasando en continuas angustias, una mañana de Octubre amaneció rendida por tantos desvelos y, como de costumbre, después de almuerzo pasó a la pieza de su madre, en donde siempre se reunían para coser. Venerance toma asiento al pie de la cruz que presidía la estancia y en donde siempre hallaba alivio. Pero ahora de súbito siente una congoja terrible. Disimulando su turbación, conteniendo sus lágrimas, sale para distraerse un poco; ... se refugia en un cuartito de tocador al final de la casa tratando de distraerse con algunos objetos de lujo que allí guardaba. Abre la puerta de ese pequeño arsenal de vanidades y sus ojos no atinan a ver más que un crucifijo y sus oídos escuchan asombrados una voz que brota desde él clara y distinta que le dice: ¡Ya no te resistas más: desde hoy serás mi esposa y no amarás ninguna cosa fuera de mí! Resuelta ya a abrazar la cruz de la vida religiosa, Venerance se inquieta por saber en cuál instituto deberá consagrarse a Dios. Llama desde luego la atención el que no tome en cuenta para nada la vecindad de los institutos religiosos o la amistad que con algunos de ellos tuviese la familia; ella atiende solamente al que sea más eficaz para ejercitar las virtudes que necesita su alma. ...

recordó el instituto de las Hermanas de la Providencia, cuya fundación reciente aún, recordaba por artículos y crónicas de los periódicos sobre las ceremonias y votos de las primeras fundadoras. El obispo de Montreal había fundado este instituto conforme al espíritu de San Vicente de Paul, en 1840. Era al principio una asociación de Damas de la caridad dirigidas por la señora Emilia Tavernier Gamelin y que comenzó a funcionar regularmente en una casa espaciosa que dicha señora había adquirido para el objeto y la llamaban “La Casa Amarilla”. Cuando Venerance fija su atención en este instituto, habían pasado cinco años desde la profesión de las fundadoras y lo que de esta comunidad se rumoreaba en el mundo, no era muy halagador para su naturaleza delicada y fina. Se decía de sus religiosas que era mujeres ignorantes, de hábitos viejos, desteñidos por el sol, que se alimentaban con las sobras de otras comunidades y hasta de los hoteles; que mendigaban



constantemente para los pobres, ero que nada podían pedir para si mismas; que su principal preocupación era asistir a los moribundos, exhortándolos a bien morir o curar las enfermedades más horrosas, y recoger huérfanos; en fin, cosas que el mundo no sabe apreciar. Las primeras religiosas eran llamadas por el vulgo “las locas de la Sra. Gamelin.” Cuando Venerance comunicó a sus padres el secreto de su vocación solicitándoles el consentimiento, era un día de mediados de

noviembre de 1849, es decir comenzaba la época invernal en el hemisferio norte. “Yo no gustaba ya del mundo y sin embargo me hallaba todavía en su

sociedad: ¡cuántas veces tuve que enjugar dulcísimas lágrimas que derramaba al pie de mi amado crucifijo para salir a recibir visitas!” Así fueron pasando aquellos meses de lluvia y nieve; hasta que el sol puso colores y cantos en los paisajes, y rompió los hielos de los ríos y desató las aguas de las cascadas de Etchemin, alegría de Quebec. La crudeza del invierno y la cuaresma de ayuno que había hecho sin licencia de su director, habían debilitado su salud. -¿Qué hacemos con esta niña que apenas soporta alimento en el estómago? Le decía el señor Morin a su afligida esposa. Las medicinas y los tónicos no parecen mejorarla gran cosa; ¿No será mejor retenerla en casa algún tiempo más? -No la violentemos en sus deseos – replicaba el señor Morin- ya ves que no hace más que suspirar por el convento; no le quebrantemos su ánimo. Hasta que al fin permitieron sus buenos padres que en uno de los primeros vapores partiera su hija a Montreal (al instituto de las Hermanas de la Providencia) Se fijó para el viaje el 10 de Mayo de 1850, festividad de la Ascensión del Señor. Veneranda que había hecho sus preparativos en secreto, eligió la víspera del viaje para despedirse de su hermana María y de algunas damas de la sociedad de Beneficencia, de la que era su secretaria. En seguida vuelve a casa deseosa de disfrutar de los últimos momentos en compañía de sus padres y hermanos. “Sola anduve por última vez toda la casa despidiéndome de unos lugares tan caros. Me detuve un buen rato en la piececita donde me había convertido, pidiéndole al Señor me fortaleciese y ayudase en gran manera para no buscar, ni desear, ni amar cosa alguna fuera de Él” Temprano me levanté, hice mi oración y desde la ventana de mi pieza miré por última vez las posesiones y tierras de mi padre.

“¡Oh cruel separación! De un golpe cortas el hilo de todos mis afectos ¿cómo me haces huir de la dulcísima mirada de mi tierna madre para ir en

busca de rostros desconocidos? ¿Cómo me arrancas de las caricias de mi bondadoso padre para llevarme a remotas tierras cuyas costumbres ignoro? A las cuatro de la tarde de ese mismo 10 de mayo tomaban el vapor con destino a Montreal. Nueva emoción tiene que soportar la animosa joven, cuando ya al apartarse el barco, piensa que sus ojos no volverán a ver todo este bello panorama que va dejando atrás. Nos hallamos ahora en la Casa Madre de las Hermanas de la Providencia. Es el 11 de Mayo de 1850. Después de las presentaciones y saludos de estilo, madre Gamelin se dirige a Venerance: -¿Cómo ha podido usted resolverse a dejar a su mamá y venirse aquí sin conocernos? -Las conocía por sus obras, y ahora que las estoy viendo, me gusta mucho el hábito. -Escriba algún pensamiento suyo, de lo que se le esté ocurriendo ahora. -Y escribió: “El placer de seguir a Jesús y a María, pobres y sufriendo, ha triunfado del placer de contar más tiempo de las caricias de mis amados padres que tanto me quieren” El señor Morin se había retirado en busca de un hotel. Venerance se quedó en el convento en espera del resultado del Consejo que a las dos de la tarde resolvería su admisión o rechazo. La Madre Fundadora, la abraza y le dice: “... la Comunidad la ha admitido; hoy mismo entrará usted al Noviciado” y con mil frases de cariño, procura consolarla. -Yo sí que no te dejo, exclama su padre con ternura, no pienses en quedarte; yo no te dejaré por nada. -Ya estoy aquí papá. Será mucho mejor que me pruebe y vea por experiencia si soy o no para la vida religiosa. (Bernarda Morin, su vida y personalidad. Francisco Donoso G. Tomo I. Págs. 56-92)

